

NUESTRA VIDA SOBRENATURAL

Por VICTOR CADILLAC, SS. CC.,

Profesor de la Universidad Católica del Perú

A modo de preámbulo.

Entendemos prestar un servicio a nuestra juventud tratando de ensanchar sus horizontes sobrenaturales, y creemos que con ellos se sentirá estimulada a cultivar y desarrollar en sí y en otros este don de la munificencia divina.

Como la Universidad Católica ha de dar, lógicamente, a la Acción Católica sus mejores dirigentes intelectuales, es indispensable que un número adecuado estudie con cariño las cuestiones relativas a la vida sobrenatural del cristiano.

Deseamos brindarles una modesta ayuda, que sirva de estímulo a su curiosidad.

Dividiremos nuestro trabajo en dos partes.

La primera podrá considerarse como *La Técnica de Nuestra Vida Sobrenatural*. La segunda tratará del *Progreso y Perfección de esta Vida*.

I

VIDA DEL HOMBRE COMO ANIMAL RACIONAL. VIDA DE LA INTELIGENCIA Y VIDA DIVINA

La lucha en la vida y por la vida.

Desde el siglo pasado se habla mucho de la lucha por la vida. La frase encierra una gran verdad. Hay que luchar para conser-

var la vida, para desarrollarla y para defenderla. La vida interior o sobrenatural del cristiano tiene análogas exigencias: es preciso luchar para abrirnos el camino a la divina intimidad. Hay que regular las tendencias del psiquismo inferior, o sea de la vida animal, y las de la vida humana o racional, de acuerdo con las normas del Evangelio.

Vida exterior y vida íntima.

No trataremos aquí de la vida exterior o de relación del hombre con sus semejantes. A pesar de su importancia es la parte más superficial de nuestra vida. Sosegado el tumulto de la calle o las vaciedades del club, y entregado a sus pensamientos y aspiraciones íntimas el hombre piensa y reflexiona sobre su situación actual y su porvenir, si es joven; sobre lo pasado y lo futuro, si ya va entrando en años, en cuyo caso las experiencias acumuladas dan a sus juicios una serenidad que difícilmente alcanza la juventud.

Si este hombre es cristiano de sólo nombre, si es el hombre animal o terreno de que habla San Pablo, su tendencia fundamental es orientada al Yo, o sea, es egoísta; su vida es enrumbada hacia una de las tres concupiscencias, por regla general, a la sensualidad. No tardará en sentir el vacío y el hastío que dejan en el alma y tratará de engolfarse en las diversiones y en el torbellino mundano para no sentir la insatisfacción más profunda.

Muy menguada es la vida del hombre que, dotado de inteligencia y teniendo a su disposición las luces de la fe, sólo atiende a la parte menos noble de su sér, a la animalidad, y pierde de vista la más noble y elevada, que lo aproxima a las sustancias puramente espirituales o angélicas, creadas a imagen y semejanza de Dios. El lleva también esta imagen esculpida en lo más profundo de su sustancia, o sea, en su potencia intelectual, considerada en toda su generalidad,¹ que se alimenta con la verdad y cuyo destino final es la contemplación de la Verdad Suprema y el goce de la Suma Belleza.

¹ O sea como abarcando la inteligencia, la memoria intelectual y la voluntad. En esta triple división de la potencia intelectual del hombre descubre San Agustín una imagen de su semejanza con Dios. Ver su Tratado "De Trinitate", del libro IX al XV.

Pero si esta inteligencia, en vez de seguir su rumbo normal y elevarse a las cumbres, se satisface con desvalores, y desconociendo su dignidad, se obstina en este descenso, termina por asemejarse, según frase de la Escritura, a los *jumentos y demás seres irracionales*. Si la vida y las costumbres no están a la altura de la inteligencia, es ésta la que se rebaja al nivel de las costumbres. Le aguarda el tormento del vacío espiritual y de la más profunda indignancia interior, por faltarle su alimento natural; como no tardaría en estragarse el estómago, que en vez de harina de trigo pretendiera contentarse con un amasijo de polvo de ladrillo.

Como lo anotamos en otra parte, el hombre filosófico o mero animal racional, el hombre naturalmente virtuoso que imaginó el egocéntrico y autointoxicado Rousseau, y que el candoroso Chateaubriand, en su juventud, tuvo la pretensión de descubrir en las entonces inmensas selvas vírgenes de Norte América, no ha existido ni existirá nunca. Es que según el plan de la Divina Providencia, que no logrará alterar ningún filósofo, todo hombre está llamado al orden sobrenatural, que culmina en la visión de Dios en el cielo y en el inefable gozo que la acompaña.

La entrada en el orden sobrenatural.

La gracia de la regeneración, o sea, esta elevación al orden sobrenatural nos la confiere el bautismo. A quien no tiene la dicha de recibir este sacramento en los albores de su existencia, la opción se le presenta inexcusable cuando se desarrolla suficientemente su razón y principia a darse cuenta, aunque confusamente, que *esto es bueno y aquello malo*, y siente también como instintivamente que *Esto puede hacerse, y que Aquello debe evitarse*. Entonces *la gracia actual*, que Dios a nadie rehusa, lo estimula a escoger el camino del Deber de preferencia al camino del placer o del egoísmo, que es el del mal.

Si, con *esta ayuda de la gracia actual*, escoge el deber, hace un acto más o menos implícito de amor a Dios y orienta hacia El su vida, con lo que logra el perdón del pecado original y la elevación al orden sobrenatural. Es lo que se llama *el bautismo de deseo*. Si, siguiendo su capricho, antepone la voz del egoísmo y del placer al llamamiento del deber, comete la primera falta grave, desviándose de su fin último.

Así que todo hombre *dotado del uso de razón*, o está en amistad con Dios y posee la gracia santificante o vida divina, o vive alejado de El y carece de vida espiritual:

La justificación. Teoría protestante y católica.

Para conservar y aumentar la gracia santificante junto con la amistad divina, que es el gran problema del hombre, es necesario tener una idea clara del don inefable que Dios nos hace, y del que dice Santo Tomás, que el más ínfimo grado supera, en excelencia, a todas las riquezas y tesoros del mundo físico.

Esta gracia no es, como lo quiere Lutero, un precioso manto tejido con los méritos de Cristo y que, mediante la fe, se nos aplica y recubre nuestras ruindades morales, que si desaparecen a la vista, no son destruidas, sólo no nos son imputadas. No hay necesidad de abandonar la vida pecadora y podemos continuar con nuestros desórdenes morales, pues el manto que nos da Cristo con la fe, los encubre todos; y aunque vayan en continuo *crescendo*, si no disminuye la confianza en los méritos de Cristo, no se preocupe por su suerte eterna. Basta la fe, ella sola le salvará.

La doctrina católica condena tamaña aberración y enseña que la gracia santificante regenera, en lo más íntimo de su sér, al alma que la recibe. La justifica, o sea, la hace Justa, en el pleno sentido de la palabra.

Este don inefable nos lo concede Dios en el nombre y por los méritos de Jesucristo, por quien nos es dado el Espíritu Santo, que nos prometió como sello o marca de nuestra dignidad de hijos adoptivos de Dios y como prenda o arras de nuestra redención. (I Cor. VI-11 y Efes. 1-13).

La gracia santificante confiere, pues, al alma la dignidad de hija adoptiva de Dios, filiación que no es una ficción legal como la adopción humana: es una prodigiosa transformación obrada por su bondad en lo más profundo de nuestro sér, o sea, en la misma esencia del alma y que arranca al Apóstol San Juan esta exclamación: "Ved el amor que nos tiene el Padre; no sólo quiere que nos llamemos hijos de Dios, sino que lo seamos con toda realidad".

Pero para obrar esta maravilla exige que el hombre responda a la gracia que lo solicita al bien, renuncie a su vida pecadora, se arrepienta íntimamente y por motivo sobrenatural de todos sus pe-

cados graves, para lo que es necesario el propósito firme de no volver nunca a cometerlos.

Para estimar el alma humana que da vida a un recién nacido, tenemos en cuenta lo que podrá llegar a ser, para honra de su familia y de su patria, cuando llegue a su cabal desarrollo.

Para valorar el alma humana regenerada por la gracia, no pudiendo ni imaginarnos el torrente de beatitud que Dios nos reserva en el cielo, tengamos presentes los grandes santos que son las más preciadas joyas de la humanidad y de la Iglesia, las enseñanzas del Evangelio, que son espíritu y vida, y sobre todo cuanto ha hecho y continúa haciendo Jesús para merecernos esta gracia, para darnosla, para devolvérnosla y para llevarla a su total desarrollo.

Cristo y la mujer de Samaria.

Al laicismo debemos la profunda ignorancia contemporánea en la cuestión vital que nos ocupa. Podría Jesús repetirnos lo que dijo un día a la mujer samaritana: "Si tú conocieras el don de Dios y si supieras Quién es el que te dice: Dáme de beber, ciertamente que tú le hubieras hecho a él la misma petición y El te hubiera dado una agua viva. Cualquiera que beba del agua de este pozo, volverá a tener sed, pero el agua que yo le daré vendrá a ser dentro de él un manantial que brotará y subirá hasta la vida eterna". (Juan IV - 10 y sig.).

Quien bebiere del agua viva de la gracia, que nos brinda el Salvador — como lo explica Santo Tomás — no deseará ya otra; pero la que viene de Cristo, la deseará siempre con mayor abundancia. Y a semejanza de lo que ocurre con los vasos comunicantes, en donde un determinado líquido alcanza igual altura en los varios tubos; el agua espiritual de la gracia que viene de Dios, vuelve a El, y al que supo captarla, lo llevó hasta la vida eterna.

Esta agua es ofrecida a todos y en esta oferta insiste Santa Teresa. "El último día de la fiesta de los Tabernáculos, según nos lo refiere San Juan (VII-37), Jesús, de pie, en voz alta, decía: "Quien tenga sed, venga a mí y beba. Del seno de aquel que cree en Mí, como se lee en las Escrituras, manarán ríos de agua viva". No sólo tendrá agua para sí, pero podrá sacarla en abundancia para distribuirla a otras almas, a las que contribuirá a salvar. Esto lo decía, añade el Apóstol amado de Jesús, aludiendo al Espíritu

de amor que había de darse un día, con celestial profusión, a los que creyesen en El. Hasta entonces no se había comunicado el Espíritu Santo, porque Jesús no había sido aún glorificado, y no nos lo había merecido con su Pasión y con su Muerte, para la Redención de la humanidad.

La gracia habitual: definición y transformación.

Si la gracia habitual es una participación de la naturaleza divina, Santo Tomás la define también como "cierto principio o germen de la gloria depositado en nosotros". Este principio destinado a desarrollarse en esta vida, en su estado de germen o semilla por nuestra cooperación y correspondencia a las gracias actuales de Dios, se transformará *instantáneamente*, en el momento de nuestra muerte, y nos procurará por toda la eternidad, el grado correspondiente de gloria. Esta transformación consistirá en que a la oscuridad de la fe sucederá la clara visión de Dios; a la esperanza de poseerlo sucederá la toma de posesión, y la caridad, aunque la misma de acá, será altamente perfeccionada e inamisible ya, porque su objeto poseído en la tierra, sólo bajo el velo de la fe, se presenta en toda su belleza al alma confortada y elevada por la lumbre de gloria, para entrar en la posesión y goce del sumo Bien.

La entrada inmediata o demorada en el cielo.

Hemos empleado la palabra *instantáneamente* porque en el plan divino, *la gracia está ordenada a la posesión inmediata de Dios*, en la hora de nuestra muerte. Lo que llamaremos apeadero previo en el vestíbulo del paraíso o purgatorio, es una pena que Dios se ve obligado a imponer a criaturas que ama tiernamente, pero que por sus negligencias y descuidos, por una vida no suficientemente normada por la fe, llegaron al fin sin haber satisfecho convenientemente las exigencias de la divina justicia, lo que pudieran haber logrado, aceptando las ligeras cruces de esta vida, siendo diligentes en la práctica de la caridad cristiana y del perdón de las pequeñas deudas a quienes las ofendieron, o avivando los escasos deseos de llegar al cielo, ya que el vivo anhelo de arribar a la casa verdaderamente solariega del cristiano, y de ver al Sumo Bien, es la disposición próxima a la visión beatífica. Son pocos los que aciertan a entender cómo San Pablo pudo escribir a los Corintios, (2^a Cap.

V): "Aquí suspiramos deseando la sobrevestidura del ropaje de gloria, o sea, la entrada en posesión de nuestra habitación en el cielo: si es que fuéremos hallados vestidos de buenas obras y no desnudos de ellas. Así también mientras nos hallamos en este cuerpo como en una tienda de campaña, gemimos agobiados bajo su pesadez; no que queramos ser despojados de él, sino revestidos, de modo que la vida inmortal absorba y haga desaparecer lo que hay de mortalidad en nosotros". La posesión de la gracia habitual, en la hora de la muerte, nos da derecho al cielo, cualquiera que sea el número de quilates logrado. Pero esto que llamaremos diamante divino podemos tenerlo perfectamente puro y bien tallado, o deslustrado por algunas manchas o por la ganga que lo acompaña, y que nos obligarán a detenernos en el purgatorio, para dar la última mano a un trabajo que debe estar necesariamente concluido al entrar en el paraíso.

Nuestra mayor pena en el purgatorio será el ver demorada por nuestra culpa la entrada en posesión del Sumo Bien, como lo es para un hambriento un retraso irracional en la satisfacción de la urgente necesidad que padece. Así se expresa Santo Tomás.

Queda también aclarado el que personas con mayor santidad que otras no eviten el purgatorio, por él que éstas no pasan. Siguiendo nuestra comparación, poseen un diamante de mayor precio, pero no completamente tallado aún. Una vez que haya recibido los últimos toques, su feliz poseedor pasará a ocupar el puesto a que tiene derecho, puesto más aventajado que el merecido por la persona que lo trajo de menor tamaño, pero perfectamente pulido.

Cuanto precede nos debe llevar, lógicamente, a someter nuestro psiquismo inferior a las exigencias de nuestra naturaleza elevada por la gracia y llamada a altísimo y eterno destino.¹

¹ Recuerden nuestros lectores que el alma humana, ontológicamente *simple* como lo demuestra la filosofía cristiana, en el orden intelectual la consideramos compuesta de esencia y potencia en la que se desarrollan los hábitos que se traducen en actos.

Este nombre de alma se aplica especialmente al principio vital que da forma y vida al compuesto humano; si decimos que el alma es espíritu, entendemos que tiene además una vida superior propia e independiente de los sentidos. Esta aclaración es de gran importancia.